

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVI. MADRID 7 NOVIEMBRE 1896. NÚM. 45

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número sueto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral

CARTA ABIERTA

Sr. D. Nicolás Salmerón:

Mi distinguido correligionario: Supliqué á *La Justicia* en el último número de EL MOTÍN, se sirviera decirme qué pensaba usted hoy acerca de la aplicación de la pena de muerte cuando el Código Militar la exija. No me ha contestado, y me dirijo á usted directamente.

La cuestión es de capitalísima importancia; y como la pregunta no se la hago al filósofo sino al hombre de Estado, escuso aducir razones en apoyo de lo que yo creo: que debe aplicarse, que no hay más remedio que aplicarla.

El día que abandonó usted el poder por no hacerlo, mereció alabanzas como pensador; murió como estadista. Un país no se entrega en manos de un hombre que rehuye, cuando se trata de salvarle, el cumplimiento de un deber, triste, doloroso, pero deber al fin.

Entre nosotros, los republicanos, se ha rehabilitado usted, porque sus dotes excepcionales de inteligencia y sus condiciones oratorias, por ningún otro político superadas, nos han subyugado. Entre los monárquicos pasa usted aún por un ideólogo.

Urge demostrar que se equivocan, y que no han sido para usted pérdidas las enseñanzas de la experiencia; es necesario que no siga usted por más tiempo en contradicción consigo mismo, defendiendo el procedimiento de fuerza, que ha de causar víctimas, para traer la República, y oponiéndose en cambio á que se fusile al soldado que falte á la disciplina.

La preocupación constante en usted ha sido y es inspirar confianza á las clases conservadoras. Ninguna promesa ni ningún acto suyo infundiría en ellas tanto como la declaración categórica de que no se detendrá ante ningún escrúpulo, de conciencia ni de escuela, el día que sea preciso cumplir un fallo de los tribunales militares.

Señor Salmerón: el momento es decisivo, y su declaración esperada con verdadera ansiedad; el carlismo ha de procurar, si ya no lo está haciendo, atraerse el elemento militar, dándole á entender que la República no garantizará su existencia. Hable usted, y desmienta con su poderosa palabra esa afirmación.

A cada paso, siempre que habla, siempre que escribe, encarece usted á los republicanos la disciplina. Declare que hará cumplir la ley para que se mantenga en el ejército, y no habrá prestado ni podrá prestar servicio mayor á la República, á la patria, y á su fama de hombre de gobierno.

Dándole gracias de antemano por la contestación, que seguramente no me negará su esquisita cortesía, se repite de usted con toda

consideración y respeto affmo. seguro servidor y correligionario, q. s. m. b.

JOSÉ NAKENS

Madrid 2 de Noviembre de 1896.

Supliqué á mi querido colega *El País* que insertase la anterior carta en su número del martes, y la insertó.

Creía y creo de tan urgente necesidad esa declaración, que quise ver si se anticipaba unos días, ya que EL MOTÍN no se publicaba hasta el sábado.

A la hora de cerrar este número, el señor Salmerón no ha contestado. Supongo que lo hará, porque no se trata de un asunto baladí ni de una curiosidad impertinente; se trata de tener una respuesta categórica que dar á quien la exija; se trata de desvanecer la idea de que la República va á ser una merienda de negros; se trata de anular en ese sentido la propaganda carlista.

¿No lo entiende así el Sr. Salmerón? Peor para todos, para él en primer término, porque se inutilizará completamente para intervenir en los grandes sucesos que se avecinan y en que tan brillante papel, el primero quizás, le está señalado.

En momentos difíciles como los presentes, en que se juega el porvenir de España, cada ciudadano está obligado á sacrificar lo que más ama. ¿Es esa idea lo que más ama el señor Salmerón? Sacrifíquela, ó declare que la patria y la República significan muy poco para él.

Y VAMOS SUMANDO

En 30 del mes próximo pasado envié la siguiente carta:

«Querido Juan Gualberto: Te aludí en el número 37 de EL MOTÍN, con la perversa intención de ver si recababa para la fusión tu valioso voto (lo de valioso va en serio ¿eh?). Pero, nada; te has hecho el muerto.

¿Has variado de opinión desde aquella velada en que por la fusión abogaste, ó es que desde tu entrada en la casucha de la Carrera de San Jerónimo (vulgo Congreso), crees que los republicanos sólo podemos demostrar convicción y energía pronunciando hermosos discursos?

Dímelo pronto, ó ¡vive dios! que te coloque en la lista, (bastante larga ya), de los que encienden en estos momentos difíciles las dos consabidas velas.

Descubrimiento que, más que á nadie, llenaría de asombro á quien sabe bien que nunca fuiste de esos. Te envía un abrazo.

JOSÉ NAKENS.

El 31 recibí esta respuesta:

Mi querido Pepe: Séame lícito encabezar esta carta con una queja: no creo merecer el juicio que te ha merecido mi silencio.

Es cierto que me aludiste en el núm. 37 de EL MOTÍN, y es asimismo cierto que no recogí tu alusión. Lo que ya no es verdad es que mi silencio obedeciera, como das á entender en tu carta de ayer, á falta de energía por mi parte para dar público testimonio de la firme convicción que abrigo de que somos los republicanos los responsables en primer término de las desgracias que afligen á la patria.

Contribuí en la escasa medida de mis fuerzas á la Unión republicana, porque habiendo abogado inutilmente por la fusión en el seno de la Asamblea mixta, entendí que la unión pactada, en los corazones antes que en las palabras, nos conduciría como por la mano á esa redentora fusión, que disolviendo los actuales organismos, perenne germen de discordia, y poniendo infranqueable dique á las pequeñas ambiciones que entre nosotros se agitan, hiciera surgir ante la monarquía el organismo potente y único, de los partidarios de la República.

Confieso que abrigando tan consoladora esperanza, no he sido buen profeta. La Unión perece, porque la Unión no vive la vida de la acción, del entusiasmo y la esperanza. Los partidos que la integran no se re-

signan á morir para renacer á una vida superior: conste, amigo Pepe, que no me asocio á esta política; y que anhelo, por el contrario, que luzca el día en que haya menos apellidos y más cariñosos hermanos en el campo de la República.

Mi insignificancia personal pudo sellar mis labios hasta hoy, porque no se me oculta que mi opinión vale bien poco; pero desde el punto y hora en que achacas mi silencio á tibieza de convicción, paréceme obligado hacer pública la que abrigo, manifestando que sólo por el camino de la fusión arribaremos al triunfo de la República.

No tengo, pues, ni quiero llevar en adelante apellido político alguno; soy y quiero ser no más que un obscuro republicano que, sean las que fueren sus particulares convicciones, no aspira hoy á más que contribuir con lo poco que puede y vale á acelerar el triunfo de la República, á defenderla contra sus enemigos una voz instituida, y á respetar la organización de sus poderes que surja del libre voto de las Cortes Constituyentes.

Autorizándote para que hagas de esta carta el uso que estimes conveniente, me repito tuyo affmo. amigo.

JUAN GUALBERTO BALLESTERO.

Madrid 31 de Octubre de 1896.

Quisiera que Ballestero no fuese tan amigo mío, para poder decir con entera libertad lo mucho bueno que pienso de él como hombre (fruta que escasea), como abogado y como orador; mas no he de callar que la fusión ha recibido un gran refuerzo con su declaración franca y su actitud resuelta.

Y vamos sumando.

Á DON CARLOS

Todo lo tienes dispuesto. Ven cuando quieras. El trono de España debes ocuparlo tú, si no por derecho, por lógica.

No vaciles. ¿Qué necesitas para reinar con arreglo á la tradición? Rebajamiento de caracteres, resignaciones de eunuco, y mucha inmoralidad, y mucha podredumbre, y muchos frailes, y devotos por oficio, y devotas por vicio.

De todo eso hay aquí en abundancia. España está hoy más degradada que cuando tu homónimo, el Hechizado, reinaba: puedes, pues, con más seguridad que Fernando VII lanzarte á deshonorar el final de este siglo, como él deshonoró sus comienzos. Con más seguridad, sí. El encontró á Riego, Lacy, Porlier, El Empecinado, Torrijos y otros en su camino. Tú probablemente no tropezarías con ninguno.

Lenta ha sido la labor, pero de éxito seguro: Cánovas la comenzó y la siguió Sagasta. Rebajar, corromper, encanallar á los españoles para ponerlos en condiciones perfectas de sufrirlo todo, esto se propusieron y esto han conseguido, al menos entre las clases que influyen más directamente en la vida social.

El ejército, tu principal enemigo, lo están preparando para ti. Ya los soldados llevan escapularios como tus honradas masas de asesinos de Cuenca, Olot, Igúzquiza y cien puntos más; entre sus jefes, los hay que tocan sus condecoraciones en la momia de San Isidro, y entre sus generales, quienes cargan con pendones en las fiestas religiosas. El ejército no es, no puede ser nunca carlista; se lo vedan sus convicciones, su historia, la sangre que ha derramado por la libertad; si esto no bastare, se lo vedaría el instinto de conservación: el día que don Carlos se viera en el trono, mandaría á su casa á los generales, jefes y oficiales para colocar á los suyos. Pero esto no quita para que se procure por todos los medios empujar hacia la reacción al ejército por el camino religioso.

Si la ley se aplica hoy á capricho del partido que manda, ¿cómo había de dejar de aplicarse al tuyo, siendo rey, y absoluto? Si hoy los jueces condenan á presidio al que combate un

dogma ó se burla de un milagro, nada te costaría obligarlos á que lo sentenciasen á la hoguera.

Los ministerios, los altos cuerpos del Estado, las Academias, las Universidades, todos dan contingente crecido á las fiestas religiosas, que se celebran, ora para que llueva, ora para que cese la lluvia; ya para dar gracias al cielo por vergüenzas como la de Melilla, ya para pedirle que acabe la guerra de Cuba.

El periodismo, (religión de descreídos, pero gran fuerza social), secundará bien tus fines. Los espíritus rectos que en él hoy son tan pocos, que no pueden oponerse á las corrientes del mercantilismo que en él predominan. Entrar hoy en un periódico, es tomar un oficio. Se defiende al que paga. ¿Acaso el peón de albañil no construye lo mismo templos que lupanares?

Abogados, industriales, comerciantes, hasta los cómicos! hasta los médicos! tienen santos titulares, se reúnen en cofradías, celebran fiestas y se cuelgan cintajos con imágenes y letreros; hermanos de tall... hermanos de cual! que hacen recordar á Cain.

Del clero no te hablo; ¿para qué, si sabes bien que es tuyo, exclusivamente tuyo, aunque por conveniencia transija hoy con la restauración? Todo será uno; sonar el primer tiro y alzarse un grito de alegría y un rugido de ira y venganza en cada templo.

Y al compás de esta orgía de devoción, de esta danza macabra de virtudes abominables, se pierde y se hunde cuanto constituyó siempre el orgullo de este pueblo, al que le podrías exigir todo, desde arrodillarse á tu paso, hasta tirar del coche que te lleve, al grito de *vivan las caenas!*

Podrás, en suma, hacer cuanto se te antoje, porque falta aquí de moralidad lo que sobra de cobardía. La misma ganzúa que sirve para abrir la caja de valores, se emplea en abrir la del cielo; la prostitución dorada comienza en la alcoba la frase *¡yo te amo!*... dirigida al amante, y la termina en el templo añadiéndole un *¡Dios mío!* Se va de Sodoma á Jerusalén en quince minutos... El diablo acompaña sonriente á pecadores y pecadoras hasta la puerta de la iglesia y aguarda tranquilo á que salgan para cogerse á su brazo de nuevo.

Una sola esperanza queda; que esas multitudes hambrientas y desarrapadas, por instinto más que por convicción, se alcen un día, y con el hierro curen la gangrena social, y con la tea purifiquen la atmósfera saturada de miasmas de podredumbre.

Este es el obstáculo con que puedes tropezar; mas siendo el único, creo que bien puedes arriesgarte á venir.

EL HOMBRE OBSTÁCULO

¿Recuerdan los republicanos las batallas que riñó el Sr. Pi por el pacto, sin el cual, decía, era imposible la República, y hasta que los españoles pudiéramos respirar siquiera?

Todo federal que no lo reconocía y declaraba así, era tenido por traidor, por apóstata, y se veía excomulgado y arrojado del partido.

Pero muere Figueras, en odio al cual había el Sr. Pi defendido aquél absurdo, y se dedica á ir desvaneciendo poco á poco la idea del pacto. Una vez divididos los federales, ¿para qué le servía? Hay que advertir que mientras lo defendió, ni una vez se puso de acuerdo consigo mismo al definirse.

Más tarde, al ver que las corrientes de unión se acentuaban entre los republicanos, salió el Sr. Pi con lo del partido único, y se llevó algún tiempo pregonando sus excelencias; partido único, por supuesto, en que todos resultásemos federales á su estilo, y sin el cual era también imposible que hubiese República, ni siquiera sol con que alumbrarnos. Y, no obstante, abandonó la idea del partido único cuanto vio que había introducido la perturbación que se proponía.

Hoy ve que las corrientes van hacia la fusión, sin predominio de ningún partido, y mi hombre truena contra ella, y pide que nos dividamos en unitarios y federales.

No es que no sepa lo que pide: se ve sin hombres importantes, sin masas apenas, y la fusión en un solo grupo de todos los federales que de él se han apartado, lo pondría de nuevo en condiciones de seguir impidiendo la venida de la República.

Mas como los federales están en el secreto, y además lo conocen bien, no serán tan cándidos que vuelvan á someterse á su jefatura, que les haría sentir duramente, porque no es Pi de esos políticos de espíritu elevado que saben olvidarlo todo, resentimientos y ofensas, cuando se trata del bien de la patria.

Conste, pues, que el Sr. Pi lanza ahora la idea de los dos partidos, por ver si logra rehacer el suyo, no por servir la causa de la República, sin perjuicio de arrinconar mañana esa idea por otra si viere que no le servía para perturbar, como abandonó la del pacto y la del partido único, y allá el 73 apoyó la de los cantones con el mismo propósito, abandonándolos luego á su suerte; qué tal ha sido siempre, y tal es y tal será el Sr. Pi.

Y por si hubiese aun algún republicano que lo dudase, allá va una prueba irrefutable. Mientras Ruiz Zorrilla procuraba, y lo conseguía en parte, entenderse con el ejército para traer la República, Pi lo atacaba y prometía disolverlo; y cuando vió que se había apartado de Zorrilla, declaró que sin el ejército no puede venir la República.

Es mucho Pi este bienaventurado Sr. Pi.

LA UNIÓN POR DENTRO

Signe La Asamblea Federal combatiendo la fusión, y dice:

«Hoy una vez más ASEVERAMOS SOLEMNEMENTE QUE JAMÁS DISOLVEREMOS NUESTRO PARTIDO, y, por lo tanto, NO IREMOS JAMÁS Á LA FUSIÓN.»

Aventuradillo es hacer hoy declaraciones tan rotundas; ¿quién sabe, dada la perturbación de la política republicana y los sacrificios que puede exigir la salvación de la patria, hasta donde llegaremos cada uno? Por otra parte, si el pueblo se declarase en masa por la fusión ¿qué remedio le quedaba al querido colega más que someterse? Pero, en fin, él sabrá mejor que nadie lo que ha de hacer.

En el mismo artículo en que tal dice, escrito para defender la Unión, le larga al partido Nacional esta chinita:

«Los antagonismos personales, motivados por el egoísmo y las ambiciones, de igual manera que en la Unión, subsistirían en la tan mentada fusión. Partido hay ejemplo de ella, que, no obstante componerse á lo sumo de una ó dos docenas de individuos, son incapaces para entenderse.»

Y más adelante, y ya en vena de fraternidad y concordia, lanza este pedrusco sobre el centralismo:

«Para elegir junta directiva, la fusión tendría que emplear el sufragio universal. Es evidente de que no serían los más sabios ni los más ricos los elegidos. Bien lo preven cuando hablan ya sobre la necesidad de que personas de cierta categoría y posición social desempeñen la dirección de los partidos. Sin duda Comte les transmitió la chifladura, que alimentaba, de constituir una junta suprema de sabios, que rigiese los destinos sociales...»

En sus bocas tienen siempre la palabra disciplina. Es un verdadero sarcasmo que la mienten. Son los eternos indisciplinados; tráfugas de todos los partidos; hasta monárquicos algunos se llamaron á título de honor. Hablan de disciplina, y no ven que ellos son los primeros indisciplinados, faltando á la base IV de las de la Unión y llevando fuera de la misma cuestiones que sólo dentro de ella deben ser tratadas. Eso es una deslealtad; eso es una traición infame.

Quieren vestir sus desnudeces con ropa ajena. Estén seguros de que no han de conseguirlo.»

¿Creen mis lectores, como yo, que eso está bien clarito? Pues no hay tal cosa, á juzgar por esto que va después:

«Sentimos, sin embargo, no poder ser tan claros como quisiéramos, por la índole especial de nuestro periódico, al fin órgano de un partido; pero si más claros se quiere que seamos, llévesenos á una reunión pública, pues allí faltarán las circunstancias que en estos momentos nos cohiben. No nos asusta ni la sabiduría ni la elocuencia de nadie. Seguros como lo estamos de poseer la verdad, contra ella poco pueden elocuencia y sabiduría, y habrán de estrellarse al fin contra nosotros.»

Advertimos al propio tiempo que, cualquiera que sea el camino por el cual se nos lleve, marchamos con prevención. Sabemos los fines bastardos que se persiguen, y los acontecimientos imprevistos (¿?) no habrán de sorprendernos.»

Si llegara á celebrarse el *meeting* tantas veces anunciado, íbamos á dar un espectáculo delicioso. Y es fácil que se celebre. La misma Asamblea ha abierto una suscripción para reunir los fondos necesarios al objeto, *sin que esto envuelva censura ó desconfianza hacia la Junta central*, según dice con finísima ironía.

Quedamos, pues, en que para los federales al menos, en la Junta central hay egoístas, ambiciosos, indisciplinados, tráfugas, desleales, chiflados, traidores, inicuos, llenos de antagonismos personales, y haciendo, como dice más abajo, trabajos jesuíticos, y política de *compadrazgos* y de *trampas*.

Supongo que, después de oír esto, no les entrará á los republicanos que han quedado fuera de ella, deseos de ingresar en la Unión; mejor se explicaría que se salieran los que están dentro, aun cuando no fuese más que por huir de las malas compañías.

Aunque lo extraño no es nada de esto, si no que el pueblo, comodín que nos hemos echado para justificar nuestras faltas y cubrir nuestras torpezas; el pueblo, á quien hemos llevado y traído á nuestro antojo; el pueblo, que desfallece de hambre y tiembla de frío; el pueblo, que da sus hijos para que los entierren en la manigua; el pueblo, á quien le hemos dicho: ¡votal, y ha votado; ¡retráetel, y se ha retraído; ¡aguarda!, y se ha aguardado, llevándole tantas veces de la desunión á la Unión, para desunirlo otra vez; ese pueblo prudente, honrado, y siempre dispuesto al sacrificio, no haya perdido ya la paciencia, y, montando en cólera, no nos haya gritado:

«Desde el que dirige la fracción más numerosa, hasta el que preside el último comité; desde el que pronuncia un discurso grandilocuente, hasta el que escribe una mala gaceta; todos los que bullis, y os movéis, é influís en la política activa, todos sois unos far-santes, unos mentecatos, unos cobardes, y á todos os mando á la M.»

Esto es lo verdaderamente extraño; que el pueblo no nos haya dicho ya eso.

¿QUÉ HORA ES?

En el número correspondiente al 23 de Mayo copié estos párrafos de un artículo de Sanchez Pérez:

«Nakens opina que es preciso ir, á toda costa, á la fusión republicana.

Pienso exactamente lo mismo.

Hay que ir á la fusión y hay que ir pronto.

Si es posible ir hoy, no lo dejemos para mañana.»

Y en el del 6 de Junio copié varios de otro artículo en que señalaba y combatía á los enemigos de la fusión, afirmando de nuevo «que la deseaba, y desinteresadamente como yo, por considerar de necesidad absoluta para el triunfo de la República la pronta Unión en un sólo partido republicano de todas las agrupaciones y fracciones en que hoy se encuentra dividida esa colectividad tan importante de la política española.»

Pues bien: ese mismo Sanchez Pérez, que me dijo, al hablarle yo del servilismo de algunos republicanos con sus jefes, que en el partido federal no ocurría eso, y que él no se había curado nunca de la fatal manía de pensar, ha publicado lo siguiente en el número de La Voz Montañesa correspondiente al 1.º del actual:

«Dejémonos de uniones imposibles, como la experiencia ha demostrado; dejémonos de fusiones en un partido único, más imposibles todavía, si cabe el más y el menos en la imposibilidad.»

¿Por qué esta mudanza de criterio? Por que su jefe, el Sr. Pi, ha pronunciado un discurso encareciendo la necesidad de la acción común de todos los republicanos para la tarea revolucionaria, precisamente lo mismo que dice la Unión de que los piistas abominan.

Siento no poder elogiar en esta ocasión á Sanchez Pérez por su fijeza de criterio ni por su entereza y constancia al defender lo que consideraba de necesidad absoluta para el triunfo de la República, siquiera declarase que nuestros correligionarios no aceptarían la idea.

Pero en cambio no encuentro palabras bastantes expresivas para encarecer ese hermoso rasgo de disciplina... democrática, que, de ser imitado, podría llevarnos á realizar el hermoso ideal de algunos republicanos, que se encierra en esta pregunta del rey Pipino y esta respuesta de uno de sus cortesanos, según se reza en *Barba Azul*, opereta bufa:

—¿Qué hora es?

—La que Vuestra Majestad disponga.

RECUERDOS

Dedico los siguientes á los liberales que, ó débiles en demasía, ó asustados ante las catástrofes que nos han traído los restauradores, no protestan cuando oyen decir que el carlismo podría ser una solución.

Todos los horrores que van á leer, los cometieron las hordas carlistas en un año solamente: en 1874.

Enero.—Incendian las estaciones de Hernani, en el ferrocarril del Norte; de Miravalles, en el de Bilbao; la de Alcalá de Chisvert y Torreblanca, en el de Valencia.

Además incendian un tren de mercancías en Valencia, y cortan en Guipúzcoa la vía y varios trozos de línea telegráfica.

Febrero.—Incendian las estaciones de Villafranca y Caparruso, en el ferrocarril de Pamplona, y las de Amurrio, Areta, Llodio y Lezama; en el de Bilbao.

Cortan el ferrocarril de Alcázar, destruyendo los aparatos telegráficos en la estación de Villacañas, y varios trozos en Benicarló y Arbós, en la línea de Valencia á Barcelona.

Marzo.—Incendian las estaciones de Santa Olalla, en el ferrocarril del Norte, la de Echarri en el de Pamplona á Alsásua, y la de Olazagoitia en el del Norte.

Destruyen varias obras en el de Bilbao.

Abril.—Incendian la estación del Monasterio, en el ferrocarril del Norte, y la de Vineixa, en el de Tarragona á Lérida.

Destruyen un puente en el ferrocarril de Pamplona.

Mayo.—Incendian las estaciones de Villagerán y Quintanilla, en el ferrocarril del Norte, la de Venta de Baños y las de Torredembarra, Monistrol y Selva.

Incendian otras estaciones en el ferrocarril de Bilbao; además cortan la vía del Norte y telegráfica entre Miranda y Manzano; dos kilómetros de vía y línea telegráfica en Tarragona y Quintanilla; en la del Norte, la vía.

Junio.—Incendian las estaciones de Beasain y de Irurzun, en el ferrocarril del Norte.

También incendian todos los carruajes que había en la estación de Beasain, que constituían un considerable material que podía formar tres grandes trenes; cortan el ferrocarril cerca de Vitoria, y los puentes de Luchana y Burceña en las carreteras próximas á Bilbao, así como el ferrocarril.

Agosto.—Incendian las estaciones de Nules, Burriana y Villarreal, Torreblanca, Vinaroz, Benicarló, Santa Bárbara y otras dos en el ferrocarril de Valencia á Tarragona, y de Lodosa á Alsásua, en el Norte.

En la estación de Alsásua destruyen veintiséis carruajes y dos locomotoras; en Vinaroz incendian los edificios pertenecientes á las obras del puerto; en Valencia el puente de Mogente varias casillas y cinco coches; en el camino de hierro de Valencia á Tarragona, los puentes de Pineda y Ríoseco, cortando once kilómetros de vía y el telégrafo del ferrocarril de Tarragona á Barcelona.

Septiembre.—Queman las estaciones de Escatrón, Játiva y la Encina.

En las cercanías de Bilbao cortan la carretera, y entre Tolosa y Villabona un puente, y el ferrocarril

de Valencia entre La Encina y Fuente la Higuera, así como la línea telegráfica.

Octubre y Noviembre.—Incendian la estación de Cazalla, en el ferrocarril de Valencia; la de Uceda, en el de Gerona; de Sardoni, La Granada y Gélida en el de Tarragona; de Milagro, en el de Pamplona.

Desde que aparecieron las facciones hasta fines de Octubre, fueron quemadas en los ferrocarriles de aquella provincia quince estaciones y todas las casillas de guardas desde Alcalá de Chisvert al Ebro.

En estos dos meses destruyen un puente de hierro en el ferrocarril de Pamplona, causando desperfectos en otro, en el de Barcelona á Gerona, y cortan el ferrocarril entre Villarreal y Nules, y en otros puntos.

Diciembre.—Incendian las estaciones de Recajo, Alcanadre y Cenicero, en el ferrocarril de Tudela á Bilbao; las de Tordera, Empalme, Sils, Ruidellots, Fornells y Mogente, en los ferrocarriles de Cataluña y Valencia.

Cortan la vía y telegrafo cerca de Catarroja, en el ferrocarril de Pamplona; el puente de Boquilla, en el de Valencia; el de Montalvo, en el de Tudela á Bilbao, y el de Agostallo, en la misma línea.

El que después de leer esto crea que puede el carlismo dominar en España, es un carlista disfrazado de liberal, ó un miserable calculador que se dispone á explotar el absolutismo, como ha explotado la libertad.

LA CLAVE

Mensaje escrito en tagalo, que dicese que enviaron al general Blanco algunos caracterizados rebeldes á raíz de la sublevación:

«No es nuestro deseo ser traidores á vuestro gobierno; lo que nos habéis de conceder, y pedimos á S. M. la reina, es: fuera frailes.

Por lo cual, pedimos:

1.º Quitar los frailes de aquí y llevarlos á los moros como misioneros.

2.º Distribuir á sus verdaderos dueños las haciendas.

3.º Están sacios de dinero, por lo que se les debe exigir el dinero.

4.º Las cuatro corporaciones son ambiciosas de dinero y mujeres.

5.º El gobierno de aquí, no es usted ni nosotros, sino los frailes, y cuando no hay un gobierno de su gusto lo quitan.

6.º Los españoles aquí, aunque pobres en España, hacen esclavos á los indios.

7.º Nuestro deseo, como nosotros estamos bajo su poder, es que seamos mirados y considerados como castillos.

8.º Ninguno puede ser bautizado si no tiene dinero, ni ser enterrado, llegando al extremo de ponerlo al sol dos días hasta que, ya corrompido, la autoridad local tiene que ver el medio de evitar la infección de la localidad.

9.º El estado de pobreza exige que el tributo ó cédula personal se rebaje.

10. La contestación de este escrito deseamos la pongas en las paredes y sitios públicos para que todos los indios se enteren si accedes á nuestra petición ó no.

Es gracia que espero merecer de V. E.—Monte Milagro 8 de Septiembre de 1896. José Milagroso. T. T. Caball. M. Socorro.»

En ese documento está la clave de las causas de la insurrección: los frailes y solamente los frailes.

Embárgueseles para acá, como en el siguiente artículo digo, y no habrá que mandar más soldados á Filipinas.

Á GRANDES MALES...

En una Carta abierta que *Un español* dirige al general Polavieja desde las columnas de *La Correspondencia Militar*, hallo los párrafos siguientes:

«Reconociendo como reconocemos que los frailes han prestado en Filipinas grandes servicios, convendrá en adelante apoyarles, si, pero es preciso contenerlos en sus aspiraciones de dominar y absorberlo todo, porque sería perjudicial para España que volvieran las autoridades militares y civiles á estar sometidas á la influencia moral de las comunidades religiosas.

Una de las primeras medidas que debéis tomar, señor Polavieja, al encargarnos del mando superior del Archipiélago, es la de cerrar el seminario, que ha servido de semillero al filibusterismo, y enviar á la

Península á todos los curas filipinos que no hayan hecho mal á España, metiendo en los calabozos, exonerados legal y previamente, á los que estén complicados en la rebelión.

La lucha que existe en Filipinas entre los frailes de las tres ramas hermanas y los jesuitas, éstos por alcanzar la preponderancia y aquéllos por no perderla, ha de daros, mi general, muchos disgustos si no tenéis la serenidad bastante y el firme carácter de ser imparcial tratando á unos y á otros por igual, rechazando las seducciones de la política contundente que emplean frailes y jesuitas para ganarse al Capitán General.

Para servir á Dios y á España, el mejor procedimiento que debéis emplear consiste en hacer cumplir á todos con sus deberes religiosos, apoyando de buena fe y firmeza lo mismo á los jesuitas que á dominicos y agustinos en todos los casos relacionados con su alta misión, y estimulando á todos los religiosos al trabajo para ganar más almas y civilizar más indios: la emulación entre frailes y jesuitas dará muy buenos resultados.

Debéis, mi general, pedir al gobierno que os nombre gobernadores político militares, suprimiendo la clase de civiles, que tan poco resultado han dado en Filipinas. Para esos puestos deben ser nombrados coroneles de ejército precisamente.

Ha llegado el caso de convertir aquel rico y hermoso Archipiélago, de estado religioso que era, en estado militar sin mezcla de civil alguno.»

Del contenido de la carta anterior se deduce: que los frailes, que se nos pintaban como los mantenedores del predominio español en el archipiélago filipino, son los que lo traen perturbado y los causantes primeros de la insurrección, cuidándose más de ganar cuartos que almas, peleándose entre sí y haciendo del seminario plantel de filibusteros.

Esto, unido á que, con tanta influencia sobre los indios, no han logrado saber nada concreto acerca de los preparativos de una insurrección que contaba con tantos miles de adeptos, nos lleva lógicamente á esta conclusión: «los frailes son el primer obstáculo para la dominación española en el archipiélago filipino. Embárgueseles para acá en un día, y se habrá dado el gran paso para asegurar allí nuestro dominio.

A grandes males, grandes remedios.

JUSTICIA AL ADVERSARIO

El Noticiero Sevillano conmemora el sexto aniversario de la muerte del presbítero don Francisco Mateos Gago, hombre de gran ilustración, escritor notable, polemista terrible, y que andaba siempre á la greña con los mercaderes del templo. Si viviera aún, mal lo pasarían los canónigos procesados en Sevilla por la desaparición de los millones de la Junta de Patronatos.

Nada hubiéramos dicho acerca de esto, si entre los rasgos que en elogio del P. Gago cita *El Noticiero*, no figurase el nombre de un querido amigo nuestro. Dice así el periódico:

«Era el año de 1884.

El conocido periodista D. Julio Fernández Mateo batallaba desde las columnas de *La Lucha* en apoyo de las ideas á que siempre rindió culto, y, constante en la pelea, no perdonaba ocasión, forma, ni modo de quebrantar al enemigo.

Escribiendo de lo que escribía y atacando como atacaba, pronto hallóse frente al padre Gago que acudía á cerrarle el paso provisto de inmenso caudal de conocimientos y de entusiasmo fervoroso por la causa.

Fernández Mateo disparaba bala rasa, ó mejor dicho, balas explosivas; y así, al llegar la contienda á terreno personalísimo, sucedió lo que había de suceder; que el ofendido querellóse ante los tribunales, y que éstos condenaron en las 19 causas seguidas á consecuencia de la polémica.

Sumadas las penas había de cumplir Fernández Mateo 17 años de destierro á no sé cuántos kilómetros de Sevilla.

Satisfizo el querellante sólo con el fallo de los tribunales, y oficiosamente supo el condenado que no se intentaría nada en su contra; pero por arte del demonio, el periodista emprendió ruda campaña contra el juego, y los tabures, viendo que eran ineficaces todos los recursos á que apelaron para que cesara aquella, sintieron la comezón de que se cumpliera la justicia.

En tres días se conminó varias veces al sentenciado para que marchara al destierro, y tales eran los apremios, que tuvo aquél que resignarse con su mala suerte y disponer el viaje.

Cuando casi era la hora de marchar á la estación, recibió un aviso del abogado acusador, y de labios de éste escuchaba á poco, con gran sorpresa, la noticia de que libérrima, y espontáneamente, le había perdonado el ofendido.

A la vez que esa noble acción realizaba el padre Gago, librando del destierro á quien en el calor de la polémica le atacó despiadadamente, satisfacía una suma respetable por costas de las 19 causas.

Quien con tal nobleza, con tal rectitud y con tal generosidad procedía, bien merece se le rinda un tributo de admiración, sobre todo ahora que tanto han cambiado los tiempos.»

Todo lo relatado es cierto; se lo he oído referir varias veces á Julio Fernández. Y siéndolo, bien merece el P. Gago que EL MOTIN, que combatió sus ideas y las combatiría si aún viviese, contribuya á que se conozca ese hecho de un hombre en quien no logró la sotana ahogar los impulsos nobles ni los arranques caballerescos.

ADHESIONES

No he visto el Manifiesto que publicó el 29 del pasado el Centro de Unión Republicana de Barcelona, dirigido á la Junta central, y en el que se dice que, en vista del fracaso de ésta, conviene que se forme un solo partido republicano, con programa único y definido, pues de lo contrario, la citada Junta podrá ser acusada de oponerse al triunfo de la República.

Pero si está inspirado en esa idea, me felicito de ese nuevo y poderoso refuerzo que á la fusión le viene.

La Junquera 2 Noviembre 96.

Sr D. José Nakens

Muy señor mío: Ahora comprendemos que era usted el que tenía y ha tenido siempre razón al combatir la idolatría personal republicana. De seguir su consejo de fusión, España se salvaría.

A fin de propagar nuevamente la lectura de EL MOTIN, le suplico que me remita 10 ejemplares.

En mi segunda le haré el pedido semanal que convenga acompañando su importe.

Suyo affmo.

VALENTÍN ROSA

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Un tal Martínez, cura de Castellón, ha repetido en el púlpito de Burriana la majadería, de que ser liberal es peor que ser ladrón y asesino.

Comenzó el público á sisear, y el carunda, nada, tan impertérrito y salvaje; hasta que un silbido hermoso, enloquecedor y unánime estalló en el templo, y una lluvia de civilizadores tomates cayó sobre la cátedra de Pedro.

Toma el olivo el berrendo, probablemente con la sagrada circunferencia profanada por un tomatazo, y al poco rato quiere escabullirse de incógnito hacia la estación; mas, ¡ay qué gusto! le atisban los insultados por él, y comienzan otra vez los silbidos á llenar los aires de dulces y arrobadoras melodías, y los tomates á acariciar la calabaza y el busto del ensotinado fugitivo. Y gracias al jefe de estación pudo enchi-querarse en un coche sin desperfectos de mayor cuantía.

Lejos de condenarlas, admiro esas contundentes y ruidosas manifestaciones del sentimiento religioso, cada día más firme y arraigado en este afortunado país.

Sin embargo, permítanme los católicos de Burriana decirles que, con haberlos insultado mucho el manso ministro del Señor, todavía tienen algo que agradecerles. Los calificó de ladrones y asesinos, palabras que ciertamente no son muy halagadoras; pero reconocen que pudo extremar un poco más el insulto, llamándolos frailes, ó clérigos; y al no hacerlo, demostró que no trataba de llegar al límite de la ofensa.

Hay que ser justos hasta con nuestros mayores enemigos.

Según La Voz del Obrero, «existe en el Ferrol, y en una de las calles del centro, un cura, joven él, muy aficionado á la bebida, y que lo mismo le da medir la calle con su saleroso cuerpo revestido de man-

teos y teja, que ir á la tienda en mangas de camisa y con la corona al aire, á buscar una botella de buen vino.

«Este curita (valga el diminutivo) tenía ganas de comer gallina; pero como le doliese gastarse los cuartos en comprarla, encontró muy cómodo el hecho de hurtársela á una vecina. Y así como lo pensó, lo hizo; más—¡oh desgracia!—hubo testigos de vista que descubrieron el caso, y la dueña del animal (no del cura sino de la gallina) fué y reclamó el importe de catorce reales.

«Como no quisiese el pater satisfacer esa cantidad, armóse el gran escándalo, hasta que concluyeron, la hurtada y el hurtador, por valorar la gallina en la cantidad de diez reales.»

Tan completa está la descripción que La Voz hace de ese cura y de su hazaña, que solamente me resta suplicarle que no abandone el género ni el estilo, si quiere contribuir á la campaña de moralización há tiempo por EL MOTIN emprendida.

Campaña de resultados tan brillantes que, según ha llegado en secreto á mis oídos, hay ya en España tres ó cuatro curas decididos á cumplir todos sus votos, incluso el de castidad; y no curas ligeros y casquivanos, sino aplomados y respetables, de ochenta años el que menos.

Si la noticia resultare cierta, que bien pudiera ser, se lo participaré en el acto al colega, para que se regocije conmigo y nos animemos mutuamente á proseguir la buena obra.

Llegó á Santiago un matrimonio que salió de Asturias con el exclusivo objeto de visitar el sepulcro del apóstol del caballo blanco.

Y para que las gracias espirituales alcanzasen también á sus hijos, llevó consigo los tres que tenía.

Cuyos tres hijos sucumbieron del crup en el hospital de aquella ciudad, terrible desgracia que ignoro si los padres habrán recibido como una muestra de la protección del cielo.

Tal variedad de imbéciles hay entre las gentes religiosas.

Gómez se llama el cura que, al pasar por la calle de Ruzafa en Valencia, vió su traje manchado por unas gotas de yeso caídas de un andamio.

¡Qué irá la suya! ¡Qué de palabras gordas, no inventadas aún por el más desesperado carretero! Las gentes alababan á Dios al oírle.

Al tropezar en la calle inmediata con un municipal, le enseña iracundo las manchitas de yeso y le dice con voz de carraca cuaresmal: «ó usted denuncia el hecho, ó yo voy á mi casa, cojo un revolver y levanto á uno la tapa de los sesos.»

El guardia y los testigos vuelven á alabar al Dios que ha bajado aquella mañana á las manos de aquel hombre santo; á uno se le ocurre decir, en un arranque de admiración: «¡vaya una humildad!», y entonces el clérigo, para justificar que merece aquel piro-pio, le escupe en la cara.

A partir de aquí, la escena adquiere un carácter verdaderamente evangélico: el ultrajado queriendo acariciarle al cura la seráfica jeta; el guardia impidiéndoselo; el público arrancándose por petenras, y el de las faldas haciendo á toda prisa mutis por el foro.

En mi modesta cualidad de impío, alabo á la Providencia que permite y consiente á sus representantes dar esos edificantes ejemplos, que justifican la campaña de este endemoniado MOTIN.

Entra Vicente Navarro en casa del vicario de Mondaca, y....

¿Qué pasó, para que á poco saliera con sangre y mordeduras en la cara?

Lo ignoro; pero acude á mi memoria, no sé por qué, la manera que tienen los gatos de hacer el amor mordiendo en el pescuezo al dulce objeto de sus ansias.

Dícese que del hecho tiene ya conocimiento el arzobispo de Valencia.

Confiamos, por lo tanto, en que el cura resultará inocente, porque se probará que el Navarro se mordió él mismo los carrillos.

Milagros más grandes se consignan en los anales católicos.

Varios médicos de Valencia han fundado una cofradía bajo la advocación de San Cosme y San Damián.

¡Pobrecillos! Tendrán hambre, y fingen creer en la existencia del alma para ir prolongando trabajosamente la del cuerpo.

¡Compadezcámosles!

¿Que los fabricantes católicos de Alcoy cometen abusos terribles y fecundizadoras inmundicias con las obreras?

Es natural. ¿Que ventajas les traería el catolicis-

mo si no les sirviese de tapadera para esas y otras fechorías?

Por esto no hay pillo que no sea católico, aun cuando no todos los católicos sean pillos.

No es mal sistema.

Diz que un P. Espejo se pasa el día en Sevilla corriendo de agencia en agencia de acomodos; y en cuanto ve una chica guapa, le propone que vaya á servirle.

El mismo demonio son algunos curas para inventar medios de poner á prueba su fortaleza para resistir las tentaciones de la carne.

Cogió un cirio que alumbraba una fosa del cementerio de Salamanca y salió con el de estampía.

Alcanzado y detenido el ratero, las gentes piadosas vieron con sorpresa que el cirio no se había apagado en la vertiginosa carrera emprendida por el criminal, y la palabra milagro corrió de boca en boca.

Un sacristán que presencié el suceso echó un jarro de agua fría al entusiasmo católico, afirmando, que de ser él ó algún colega el autor del hecho, no habría podido verificarse el prodigio, porque lo primero que se hace cuando se roba un cirio es apagarlo para que no se merme el producto del robo.

Estráñase La Antorcha Valentina de que un pastor protestante le censure.

¡Ay, querido colega! ¿Estás ahí todavía? Cuantos se buscan el manró señalándonos el camino del cielo, en nada se diferencian.

Y hasta te diría que son más intolerantes los que reparten Biblias que los curas católicos. Estos son más brutos, pero menos fanáticos.

Por esto yo mido á todos por el mismo rasero, y no establezco distinción entre curas, pastores, rabinos y faquires.

¿Me hablan de Dios? Me echo mano al bolsillo y em pongo en guardia.

Sin tarea que se ha echado encima el obispo de Oviedo, por puro patriotismo.

Al despedir los voluntarios para Cuba, les dijo que, mientras se batían allá, él rezaría por ellos aquí. No se puede ir más allá en la idea del sacrificio.

Los voluntarios, aparte batirse, cuando no estén en los hospitales, maldito lo que deben preocuparse por nada; en tanto que él, el pobre obispo, tiene que rezar á diario uno ó más padrenuestros.

Hay hombres capaces de los abnegaciones más sublimes.

Sin advertir que el dueño era beato y socio del Círculo Católico, entró una niña de ocho años en un taller de Ibiza.

Mas ¡ay! que bien cara estuvo á pique de costarle su inocencia. Si no grita desesperadamente y los transeúntes no forman corro á la puerta del almacén, obligando al sátiro de cofradía á dejarla salir, la pobre niña habría adquirido el derecho á figurar entre las mártires, pero no entre las once mil de la leyenda.

¡Oh religión! Dices malas lenguas que eres freno de la inmoralidad, y á lo mejor resultas acicate.

Cuarenta mil duros costó un rompeolas que se construyó en Avilés.

Cumplía valerosamente su misión, cuando se le ocurrió á un beato que el obispo lo bendijera.

Bendíjolo, y al poco tiempo se dejó arrebatar por el mar.

Aun cuando quizás fuera éste el que se sintió molestado de que hubiera quien creyese que una bendición era bastante á detener su terrible empuje.

De un modo ú otro, bueno es saber que las bendiciones no dan solidez á las obras de mampostería.

Se ha fugado de la casa de la Misericordia de Valencia la dispensera Sor Teresa, concurriendo circunstancias tan especiales en su fuga, que unos la achacan á connivencia con el director, y otros á no sé qué líos con un cura ó jesuita.

En el próximo número, que ya se habrá puesto el asunto en claro, me ocuparé de este nuevo escándalo clerical.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio dos pesetas

Se dará á peseta á los lectores de todos los periódicos republicanos.

Pago adelantado, siendo el certificado (25 céntimos), de cuenta del que pida.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.